

y aumentándonos mutuamente nuestras ganancias.

Pero somos tan... cándidos, que optamos por quedarnos ciegos con tal de dejar tuerto al vecino, dando estúpidamente toda la luz de nuestros ojos a quienes después han de medrar regocijándose en hacer notar a todo el mundo nuestra ceguera.

¿Qué profesional del mundo que no sea médico rural, que es sinónimo de tonto perdido, es capaz de hacer cosa semejante? ¿De qué nos sirve a los pocos que no obramos así, obrar como obramos? De nada. No somos suicidas pero somos asesinados por nuestros propios hermanos. Y lo que es peor, ante las irónicas carcajadas de los que acostá de esta nuestra idiotez viven y medran.

En artículos sucesivos dare a conocer, la existencia de otros enemigos, aunque de menos importancia.

HUBERTO DOMINGUEZ

La Medicina, los Médicos y el Público.

Para todos los profesionales de la Medicina va siendo ya una verdad axiomática, que los Médicos, cuantos más humildes, tanto más constituyen para el público, lo que se conoce vulgarmente con el calificativo de *Carne de cañón*. Y lo más triste del caso, es, que a la picadura de esta carne contribuimos alegremente con el público.... ¡nosotros mismos!

Yo he tenido infinidad de veces, roces, diferencias, discrepancias, y disgustos con bastantes compañeros, pero apenas he visto que alguno ha sido increpado o censura, do por un cliente, inmediatamente he salido en su defensa impulsado por un instintivo movimiento que ha sido absolutamente imposible contener. Esta actitud mía ha producido asombro en muchos y me ha proporcionado serios disgustos en buen número de ocasiones. Lo cual no deja de ser muy natural. Si alguien, conocedor de mi enemistad con algún compañero, ha creído halagarme hablándome mal de él, ¡cuál habrá sido su asombro al ver que le he parado secamente los pies, prohibiéndole hacer en mi presencia, *cosa tan baja y tan fea* como es, hablar mal de un ausente! Interlocutores ha habido a quienes he dejado petrificados con mi incomprendible actitud.

Todos sabemos que, una forma muy general en el público de ata-

car al Médico y procurar sembrar guerra y discordia entre la clase, consiste, es venir a contarnos que ha oído a otro compañero hablar mal de nosotros, expresándose en términos muy poco favorables a nuestra reputación. A mi me ha sucedido esto infinidad de veces. Pero infinidad de veces también, he procedido con la energía y entereza que merece tan repugnante modo de conducirse

Siempre que una persona ha venido, y han venido muchas veces, a contarme al oído el cuento de que un compañero ha hablado mal de mí, he contestado con entereza y arrogancia «¡Mentira!... ¡Eso es falso!.... Eso sería una canallada indigna, y por fortuna para la clase y para la Humanidad, aunque los Médicos, como el resto de los mortales, estemos plegados de defectos, es lo cierto que hay entre nosotros poquísimos canallas.»

De este modo he procurado siempre dejar sólidamente afianzadas estas dos verdades: que se reconozca por todo el mundo como indigno y merecedor de desprecio, al que cometa la felonía de ofender arteramente a un compañero ausente, y que se pierda en el público la funesta costumbre de injuriar cobardemente en ausencia a profesionales dignos, sin otro fin, la casi totalidad de las veces, que el de establecer discordias para beneficiarse con ello quienes son incapaces de apreciar siquiera, el inmenso bien que de nosotros reciben.

He dicho al principio que contribuimos a este desprestigio nosotros mismos y voy a explicarme: Los médicos de igual modo que el resto de los mortales, tenemos también nuestras flaquezas, no siendo una de las más pequeñas la de encanecernos con el halago y la lisonja. Cuando algún solapado vividor se nos acerca, con su cuenta y razón casi siempre, a comunicarnos que ha oído a otro compañero explicarse en términos muy desfavorables hacia nosotros, en lugar de pararle los pies secamente para que no continúe por tan escabroso camino, como invariablemente hayo yo, es lo más corriente escucharle atentamente, y después que ha soltado su veneno, contestarle indignados hablando a nuestra vez mal del compañero en cuestión. De este modo caemos en

el lazo, cometiendo la indignidad de hablar mal de un compañero y quedando incautamente prisioneros de aquel repugnante vividor, que puede decir donde y cuando se le antoje, ahora con muchísima razón, que hemos cometido la bajeza de escarnecer a un compañero ausente.

Desde luego que desentrañando los hechos, terminaría por quedar todo perfectamente aclarado; pero ¿quién es capaz de desenmarañar una madeja en forma tal enredada? Donde un vividor siembra una intriga, no hay medio de aclarar una cuestión por sencilla que sea.

Esta artera y vituperable conducta, que tanto daño nos irroga, contribuyendo incautamente nosotros mismos a su producción, es de absoluta necesidad sea perfectamente conocida por todos los Médicos, pero muy principalmente por los que se encuentran en los comienzos del ejercicio profesional, por constituir estos terreno abonado, muy conocido por el hampa social, para el desarrollo de la semilla de la discordia, de cuya ulterior fructificación han de aprovecharse después, estos hediondos vividores, para explotarnos cobardemente.

Yo confieso que he censurado a algunos compañeros y prometo seguir haciéndolo cuando las circunstancias lo demanden; pero estas censuras han tenido siempre lugar entre Médicos, nunca entre la manada de chacales que constantemente nos acecha, para aprovecharse de nuestra ciencia y beneficiarse al propio tiempo si puede, del producto de nuestro trabajo.

Sépanlo pues los compañeros todos y muy especialmente los principiantes. No hay inconveniente en tener disgustos y diferencias entre nosotros, cosa que no es posible evitar sin tener cada uno nuestro correspondiente puesto en el martirologio. Pero apenas aparezca el ememigo, y enemigo es el público en general,.... a olvidar discrepancias y a formar el cuadro, tan estrechamente unidos, que sea absolutamente imposible abrirle un portillo por ninguna parte. Todo lo que no sea obrar así, es ser tontos perdidos y perder lastimosamente el tiempo, la reputación y el dinero.

H. D.